

Carta desde Inglaterra

Ferran Soldevila

Jordi Doce

A principios de octubre de 1926, un joven historiador y literato catalán desembarca, acompañado de su esposa, en el puerto inglés de Dover. A medias impaciente y aprensivo, su intención declarada es pasar los dos años siguientes en la ciudad de Liverpool, en cuya universidad ha sido contratado como *Lecturer in Spanish*, aunque ya desde un inicio parece albergar el comprensible deseo de que su estancia inglesa afine su aprendizaje intelectual y literario. Este joven atiende al nombre de Ferran Soldevila, y su primera impresión del país deja traslucir una incertidumbre latente que es también curiosidad:

Cuando el tren ha arrancado en Dover, anochece con rapidez. La neblina, muy suave, contribuía a oscurecer el paisaje; los túneles se sucedían. Después de todo lo que he tenido que escuchar estos últimos días sobre el clima inglés y la falta de sol, tuve la impresión de adentrarme poco a poco bajo una bóveda humeante de la que ya no volvería a salir hasta la primavera.

Con estas palabras, que tienen algo de clave inicial o arranque de película, se abre *Hores angleses*, diario y lectura de su estancia en Inglaterra y uno de los textos más singulares de la prosa peninsular del primer tercio de siglo. Concebido en un principio como una compilación de los artículos y notas que Ferran Soldevila enviaba regularmente al periódico *La Publicitat*, su versión definitiva, publicada en el difícil año de 1938 por la Institució de les Lletres Catalanes, tomó la forma de un dietario, lo que obligó a su autor a regresar a los cuadernos originales y extraer de ellos anotaciones y fragmentos que dieran un tono más casual al conjunto. Soldevila no se privó, asimismo, como afirma en el aviso preliminar, de completar algunos detalles y desbrozar pasajes torpe o confusamente escritos. El resultado es, como todo diario, una ficción, si bien el carácter ficticio de *Hores angleses* no depende en exclusiva de los avatares de la composición. Digamos, más bien, que permea y condiciona desde un inicio la mirada y estilo del narrador, cuyo propósito es dar una visión estilizada e idealizada de su existen-

cia y del mundo que le rodea. En este sentido, Soldevila no deja de ser un sucesor inmediato y declarado de los escritores del *Noucentisme*, cuyas referencias cosmopolitas comparte y cuya prosa cuidada y un tanto refitolera reproduce con aplicación y constancia. La misma diversidad de sus intereses –fue historiador, poeta, ensayista, periodista y dramaturgo– reproduce el ideal de literato o *man of letters* que los intelectuales catalanes había importado de Inglaterra o Francia, y que debía regir, al cabo, el comportamiento del escritor en una sociedad moderna y civilizada. Recordemos que para los escritores catalanes de aquel primer tercio de siglo Inglaterra era la cuna de Shaw, Chesterton o Hilaire Belloc, autores cuya dedicación al teatro o la novela no había impedido que cultivaran el ensayo y el artículo de opinión, ni que participaran activamente en las polémicas políticas y culturales de su país. Volveré más tarde sobre este punto, pero conviene señalar ya que el aprendizaje inglés de Soldevila muestra matices peculiares, que tienen que ver con el carácter regenerativo que debía tener la cultura catalana del momento y con el respeto que inspiraban el vigor y la complejidad de la civilización imperial británica, basada en principios sociales y mercantiles que resultaban no sólo afines, sino deseables. (Este es el caldo de cultivo del que emerge, por ejemplo, la lúcida tarea traductora de Marià Manent, cuyos diarios tanto recuerdan a los de Soldevila, no sólo por la morosidad del lenguaje, sino porque ambos definen al narrador como observador o como intermediario al servicio del mundo físico.) El resultado, claro está, fue la creación de un modelo altamente idealizado, que privilegiaba ciertas vertientes de la realidad en detrimento de otras, pero que no por ello tenía menos encanto o poder de sugestión. Es un modelo que, para bien o para mal, alcanzó años más tarde a escritores como Jaime Gil de Biedma o Gabriel Ferrater, cuya relación con la cultura británica quedó prefigurada, en parte, por el ejemplo de Josep Carner y el mismo Manent. No fue un ejemplo asumido a consciencia, sino más bien un recuerdo de hábitos e intereses prestigiados por el tiempo. Y tal vez esto que digo se entienda mejor si pensamos que la Inglaterra idealizada por los intelectuales catalanes no difiere en gran medida de la celebrada y adoptada por escritores porteños como Borges o Bioy Casares; no es casual, me parece, que tanto Borges como Gil de Biedma se fotografiasen con un fondo de venerable colegio oxoniano, ni que ambos miraran a la cámara con una sonrisa que deja traslucir cierto orgullo y respeto supersticioso de peregrino.

No abundan en nuestra lengua los ejemplos de literatura del «yo», que tanta importancia ha tenido, por ejemplo, en las tradiciones literarias francesa y anglosajona. La cuestión no es nueva, y ya alguien como Laura Frei-